

modo.»¹ Pereceremos pues, no lo dudéis, víctimas de la justicia de Dios, si no la desarmamos al instante con la humilde confesión de nuestras culpas y la reforma de nuestras desordenadas costumbres. Así lo entendía y practicaba con buen éxito aquel antiguo pueblo de Israel, que en el colmo de sus angustias, acosado por la muerte, volvía á Dios arrepentido y lloroso. *Cum occideret eos, quærebant Eum, et revertabantur*². Así lo entendieron también los hermanos del virtuoso José, cuando en su tribulación reconocieron el justo castigo de su crueldad para con su inocente hermano. «Con razón padecemos», decían, «porque pecamos contra nuestro hermano.»³ Digamos, pues, también nosotros: Señor, razón tenéis de castigarnos, pues os tenemos ofendido á Vos que sois nuestro Dios y nuestro Padre. Justo sois, y justos son también vuestros castigos. Nosotros aceptamos con espíritu de penitencia la tribulación que nos enviáis; concedednos fuerzas suficientes para sobrellevarla con resignación⁴. Si así lo hiciéremos, hermanos carísimos, aquel Dios que es todo bondad y misericordia, y que no nos castiga sino para corregirnos y librarnos de la pena eterna, se apiadará pronto de nosotros y no sólo nos perdonará nuestras culpas, sino que alzará de nosotros su pesada mano y nos librará de la aflicción que padecemos. Y si tardare en socorrernos, acudamos á la poderosa mediación de la que es Madre de pecadores y Consoladora de afligidos. Sus ruegos vencerán todas las resistencias, y no se hará mucho de esperar el auxilio apetecido. Bien veo que así lo suele hacer el católico pueblo que me escucha, y yo no puedo menos de felicitarlo por su ilimitada confianza en María, y de augurarle, como fruto de su piedad acendrada, días de prosperidad y bonanza en el tiempo, y cumplida bienaventuranza en el cielo. Así sea.

¹ Luc. 13, 5. ² Ps. 77, 34. ³ Gen. 42, 21. ⁴ S. Alf. de Ligorio, op. cit.

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO DEL JUBILEO.

(Predicados en Cartagena de Colombia, 1901.)

PRIMER SERMÓN.

Causas de estar muerta la fe.

Fides sine operibus mortua est.

Iac. 2, 26.

1. Es un hecho, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que la fe está muerta, ó por lo menos aletargada y adormecida en gran número de cristianos, por no decir en la gran mayoría, aun de los católicos ó hijos de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Es una triste verdad que no necesita de pruebas, pues salta á la vista con la terrible evidencia de los hechos pavorosos. Parece que hubiéramos llegado á los tiempos de la segunda venida del Mesías, de los cuales se dijo: «Cuando venga á juzgar el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?»¹ Si la fe, que no va acompañada de buenas obras, es, según la doctrina del apóstol Santiago, una fe muerta, incapaz de producir la salvación², decidme ¿qué deberemos juzgar de la fe de esos cristianos que no sólo no practican obras de piedad, de misericordia y de justicia, sino que arrastran una vida de desorden, que no es otra cosa que una larga y pesada cadena de obras de tinieblas³, de aquellas obras del demonio que el Hijo de Dios vino á destruir?⁴ ¿Es

¹ Luc. 18, 8. ² Iac. 2, 14. ³ Rom. 13, 12. ⁴ 1 Io. 3, 8.

ésa la fe viva, la fe de que vive el justo?¹ ¿Cómo, pues, no da señales de esa vitalidad divina, de esa fuerza capaz de trasladar montañas?² ¡Ah! cristianos; confesemos que nuestra fe está muerta ó herida de enfermedad mortal; y, aprovechándonos de las gracias extraordinarias que Dios, por medio de la santa Iglesia, se digna concedernos en este tiempo de universal Jubileo, procuremos reavivar esa fe, que es el principio fecundo de la santificación y sin la cual es imposible agradar á Dios y salvarnos³.

2. Y ¿no podríamos, para conseguir ese objeto, dedicar estos preciosos momentos á investigar las causas de esa general decadencia de la fe? ¿No sería el descubrimiento de esas causas un medio eficaz de reanimar su espíritu entre nosotros? Por lo menos es el primer paso que deberíamos dar en este camino de conversión y vuelta á Dios, ya que para acercarse á Él, dice el Apóstol, lo primero ha de ser creer en su existencia y en sus atributos⁴. Pero ¿hay muchos entre estos católicos de fe amortiguada que quieran tomarse este pequeño trabajo? ¡Ah! que ni siquiera se dan cuenta del triste estado de infidelidad en que se encuentran, ni hacen caso alguno de las voces de la Iglesia que trata de sacarlos de tan peligroso letargo! ¡Para cuántos de estos infelices pecadores serán inútiles todas las gracias de este santo Jubileo! ¡Cuántos, siguiendo esas sendas extraviadas, acabarán por pasar á la eternidad de penas sin haber despertado de su funesto sueño! Procurad vosotros, amados fieles, dignos de este nombre, aumentar esa virtud divina de la fe no sólo con fervientes oraciones (que deben multiplicarse en estos santos días), sino con la piadosa consideración de las causas por las cuales la fe se debilita y acaba, que pueden reducirse á dos principales, á saber, la ignorancia religiosa y la corrupción del corazón.

¹ Rom. 1, 17.

² 1 Cor. 13, 2.

³ Hebr. 11, 6.

⁴ Ibid.

Penetrándoos bien de la realidad de estas causas, no sólo las combatiréis enérgicamente en vosotros mismos, sino que cooperaréis con no menor empeño á su destrucción en la sociedad en que vivís, con lo cual haréis una importante obra de caridad que os atraerá las indulgencias del Padre de las misericordias.

I.

3. La ignorancia religiosa, hermanos carísimos, es una de las mayores plagas de la sociedad en los tiempos que alcanzamos. Hoy se saben muchas cosas que no supieron nuestros sencillos antepasados; pero se ignora generalmente el Catecismo, se ignora precisamente lo que á ningún cristiano le es lícito ignorar. Y ¿cómo no ha de estar amortiguada, si no muerta, la fe en gran número de los que se dicen creyentes? La fe, sobrenatural y gratuitamente infundida en el alma por el soplo vivificante del Espíritu Santo, no es ciertamente el fruto de la ciencia religiosa, ó sea, el resultado del estudio serio y profundo de la religión. Si así fuera, no sólo perdería su carácter de sobrenatural sino que dejaría de ser un acto libre y meritorio, no siendo más que la conclusión forzosa de premisas ciertas y evidentes. Creería el hombre á su propia razón que le demostraría la verdad de los dogmas ó, por lo menos, la evidencia de su credibilidad; pero no creería propiamente á la palabra infalible de Dios, no prestaría asenso libre á la autoridad divina. Para ejecutar este acto se necesita el auxilio sobrenatural de la gracia que ilumina el entendimiento y mueve juntamente la voluntad inclinándola á creer. No es dueño el hombre ni capaz por sí solo de hacer un acto de fe católica y menos aún de poseer el hábito ó la virtud de la fe. Es ésta un don de Dios, y ¡cuán precioso! que el hombre no puede siquiera merecer en rigor. Hay corazones endurecidos que no creen, por más que la razón ilustrada por la ciencia les haga ver casi

con evidencia la necesidad y la conveniencia de la fe. ¿No veían claramente los judíos los argumentos de la divinidad de Jesucristo, según aquellas palabras del mismo Salvador: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de quién soy»¹? y ¿creían por ventura? ¿Cuál era, pues, la causa de su incredulidad? El mismo Jesús se lo dijo claramente: «Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas.»² Palabras misteriosas que nos dan á conocer que se necesitan ciertas disposiciones de parte de la voluntad para creer. El mismo Jesucristo increpaba á los discípulos incrédulos su *tardanza* ó dureza de corazón que les hacía incurrir en la necedad de no creer á tantos vaticinios como habían hecho acerca de Cristo los profetas³. Y, en fin, el Apóstol nos enseña que «con el corazón se cree para ser justificado, y con la boca se confiesa la fe para la salvación»⁴.

4. De lo dicho no se sigue que no sea necesario cierto grado de conocimiento, no sólo para conservar y perfeccionar la fe, sino aun para adquirirla. En efecto, Jesucristo envió á sus apóstoles diciéndoles: *Docete* — «Enseñad...; el que creyere y fuere bautizado será salvo.»⁵ Luego antes de creer y recibir el bautismo es preciso oír y aprender del que enseña. De otra suerte ¿sobre qué objeto recaería la fe? ¿quién puede creer sin saber antes lo que ha de creer? ¿Bastará por ventura creer de un modo general y vago en todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia propone á nuestra creencia? No por cierto; es preciso creer explícitamente, según la doctrina de los moralistas, ciertos dogmas ó verdades reveladas, tales como la existencia de Dios, su atributo de remunerador de los buenos y castigador de los malos, los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, todo esto con aquella necesidad que los teólogos

¹ Io. 10, 25.² Ibid. 10, 26.³ Luc. 21, 25.⁴ Rom. 10, 10.⁵ Matth. 28, 29.

llaman *de medio*, ó so pena de condenación eterna; y fuera de las verdades apuntadas, todavía es necesario creer y saber, con necesidad ó en fuerza del precepto, bajo pena de pecado mortal, el Símbolo de los Apóstoles, los mandamientos del Decálogo y de la Iglesia, la Oración dominical y los sacramentos más necesarios, como son el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía¹. ¿Qué os parece, hermanos míos, de la amplitud de conocimientos religiosos que exige la fe cristiana? Y quien no los posee ¿cómo puede llamarse creyente? Su fe, por lo menos, no será íntegra cuanto al objeto material: será gravemente imperfecta, insuficiente para la salvación. Y si este conocimiento es necesario para recibir la fe y el sacramento del Bautismo, cuando se trata de un adulto, ¿creéis que no lo será también para conservar y ejercitar la misma fe y llevar vida cristiana y perfecta? Obligados estamos, como sabéis, á actuarnos en la fe que profesamos en nuestro Bautismo; y, sea cualquiera el número de actos que estemos rigurosamente obligados á practicar, durante la vida, es lo cierto que debemos frecuentarlos ya para dar culto á la Divinidad, ya para la propia santificación, cuyo principio, y como piedra angular, es la fe. ¿No la exigía Jesucristo siempre que había de conceder algún favor á aquel que se lo demandaba? «Si puedes creer», decíale, «todo es posible para el creyente.»² Debemos, pues, repetir á cada instante, si queremos alcanzar gracias y aun milagros: «Creo, Señor»³; «Sí, Señor, yo he creído que tú eres Cristo, Hijo de Dios.»⁴ Pero decidme, hermanos carísimos, ¿podríamos hacer estos actos tan importantes de la vida cristiana, llevar vida de fe y de oración, sin tener un conocimiento á fondo de esos mismos misterios que hacemos profesión de creer? Salta, pues, á la vista la necesidad de una sólida y no superficial

¹ Card. *Vives*, Comp. Theol. Mor. c. 5. de Fide.² Marc. 9, 22.³ Ibid. 9, 22.⁴ Io. 11, 27.

instrucción religiosa que abrace juntamente el dogma y la moral, lo que hemos de creer solamente y lo que debemos creer y poner por obra, además de los sacramentos que estamos obligados á recibir para revestirnos de la gracia que nos lava y santifica. Faltando esta instrucción moral y religiosa, ¿cómo no ha de estar muerta ó por lo menos amortiguada la fe en los corazones?

5. En efecto, ¿cuáles son los resultados naturales de esa ignorancia que vamos lamentando? Oscuridad en el entendimiento, frialdad en el corazón, esterilidad de la misma fe que se profesa, ruina de la religión y de las buenas costumbres. ¡Horribles estragos de la ignorancia, que tal vez no hemos considerado nunca detenidamente! Por más que se sepan de memoria los rudimentos de la doctrina cristiana, las oraciones comunes, el Símbolo, el Decálogo, los sacramentos, etc.—y ¡pluguiera á Dios que todos los fieles los supieran!—si esas verdades allí contenidas no se entienden suficientemente, y, si mediante alguna clara explicación, no se conoce su sentido; si no se forma una idea suficiente de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia; si no se llega á comprender el valor de cada uno de los divinos mandamientos, lo que exige su observancia y en qué manera se quebrantan; si no se sabe cómo han de recibirse los sacramentos, especialmente los de la Penitencia y Eucaristía; si, en fin, no se conoce el significado de los ritos y ceremonias de la sagrada liturgia; ¿qué habrá en el entendimiento del cristiano de nombre y de bautismo, sino una densa y profunda oscuridad, un vacío y una confusión que le haga mezclar verdades con errores groseros acerca de los atributos de Dios, y hasta le lleve á prácticas supersticiosas y ridículas creencias? De aquí nace el hastío que sienten estas almas ignorantes por la oración y demás ejercicios religiosos, el alejamiento del templo y de las funciones eclesiásticas, el abandono total de los sacramentos de Confesión y Comunión, el desprecio de los preceptos

de la Iglesia y, por abreviar, el último grado de indolencia religiosa. ¿Cómo han de amar estos hombres una religión que no conocen? ¿Cómo han de asistir con gusto á un acto como el sacrificio de la Misa, cuyo valor no comprenden? ¿Están penetrados siquiera de la realidad de la presencia de Jesucristo en el Sacramento del altar? ¿Cómo, pues, atraerles á que le visiten y adoren en el templo? ¿Se han hecho cargo del valor del alma, del precio inestimable de la gracia de Dios, de la importancia de la salvación? Nada menos. Ignorando, pues, todas estas cosas, ¿qué maravilla, cristianos oyentes, que no sólo no aprecien la religión, sino que la escarnezan y blasfemen?¹ Y si algún germen de fe conservan en el fondo del alma, ¿no es una fe muerta, estéril para producir buenas obras, ocasión de ruina antes que causa de salvación? ¡Oh efectos deplorables de la ignorancia religiosa! Y ¿cómo no desplegamos mayor celo por lanzarla de la sociedad, empezando por arrojarla de nosotros mismos? ¿Estamos acaso muy satisfechos de la instrucción que en esta materia poseemos?

6. La verdad, si hemos de confesarla llanamente, es que hay tinieblas esparcidas sobre toda la tierra, como en la hora de la crucifixión del Salvador². ¿No es la ignorancia, en el sentido que dejamos expuesto, la condición del mayor número de los católicos? Rubor da el confesarlo, pero mayor mal sería el ocultarlo por mal entendido amor propio. Preciso es poner el dedo en la llaga, si hemos de curar la sociedad enferma de indiferentismo religioso. No hablemos de esas masas, totalmente sumidas en la más crasa ignorancia hasta de los rudimentos de la doctrina cristiana que contiene el Catecismo de los niños; ¿cómo han de saber lo que nunca aprendieron en la casa, ni en la escuela, ni en el templo? ¿lo que no pudieron aprender por sí mismos,

¹ Iac. 2, 10. ² Matth. 27, 45.